

## *La Filosofía y la misión de la Universidad de Chile*

*Eduardo Carrasco Pirard*  
Universidad de Chile

1

El predominio actual de las ciencias en la Universidad de Chile corresponde a la esencia del proceso de modernización que vive actualmente nuestro país. Este proceso, a su vez, es una manifestación más del predominio planetario de la esencia de la técnica moderna, que le da su impronta a todos los fenómenos característicos de nuestra época. Manifestaciones como la democratización del planeta, el predominio del libre mercado, la mundialización de las comunicaciones e inclusive expresiones negativas, como los problemas ecológicos o las guerras nacionalistas, son todos diferentes aspectos en los que se muestra la predominancia de esta fuerza originaria.

La Universidad de Chile es el territorio en el cual, en forma especialísima, se juega el destino de los procesos cognoscitivos en nuestro país. Su desarrollo en los últimos años ha sido guiado por el anhelo de poner a la Universidad a tono con el espíritu de los tiempos, vale decir, con las fuerzas históricas imperantes en el seno de la sociedad. El despliegue de éstas es lo que da lugar a lo que se ha denominado “modernización”. Este deseo, que en el fondo no es otra cosa que el afán de seguir la necesaria dirección que lleva todo el movimiento de nuestra sociedad, ha llevado a las autoridades universitarias a practicar una política tendiente al autofinanciamiento por una parte, y por otra, al desarrollo académico que permita generar el grado suficiente de competitividad, como para asegurar el destino futuro de la institución.

El autofinanciamiento corresponde a una política de desestatización, es decir, a una política de retroceso del Estado en la financiación de los Institutos de Formación Superior. La desestatización significa que la Universidad, como cualquier otra institución que vende servicios, entra de lleno a gobernarse con criterios de libre mercado, es decir, pasa a financiarse por la venta de las actividades que realiza. La Universidad debe vender los servicios de formación e investigación, tanto a los alumnos, como a las diferentes instancias demandantes de ellos, equilibrando sus gastos de acuerdo con sus entradas.

Por su parte, el “desarrollo académico” significa la transformación que debe realizar la Universidad en su interior para poder alcanzar un nivel competitivo, es decir, para hacer que su producto, el conocimiento, pueda venderse con la mayor ganancia posible, bajando los costos y alzando la productividad. Esta exigencia se hace todavía más aguda, cuando comienzan a surgir en la sociedad otras instancias que venden el mismo producto, o parte de él, como por ejemplo, las universidades privadas, que hoy día ofrecen formación profesional en las mismas áreas en que las universidades más antiguas ejercían un monopolio.

Pensar que la actual situación -en la cual la competencia entre estas instituciones se ejerce únicamente en el plano de la formación de profesionales- se prolongará indefinidamente, es una gran ingenuidad. En realidad, tal como ha sucedido en los países más desarrollados, en la medida en que la investigación sea un servicio que pase a ser rentable, es decir, en la medida en que aumente su demanda, lo más probable es que este aspecto también se desarrolle en el sentido de una mayor privatización. Si en la actualidad esto no ha ocurrido en Chile, ello se debe fundamentalmente al hecho de que nuestro país no se encuentra aún en una situación de competencia tecnológica. El desarrollo económico del país opera en gran medida con tecnologías importadas. Pero es fácil darse cuenta de que este será un estado de cosas momentáneo, y que cambiará, en cuanto la creatividad de las empresas, en los sectores de mayor desarrollo, exija ponerse en la competencia de tecnologías de punta. La lógica de todo proceso de desarrollo es desarrollarse para alcanzar nuevos niveles de desarrollo, los cuales, a su vez, permitan nuevas metas en el desarrollo. Los países en vías de desarrollo se desarrollan para seguir desarrollándose, y hasta el momento, no se ve por ningún lado que este proceso tenga que tener un límite. De ahí que la competencia entre la Universidad de Chile y las universidades privadas tienda necesariamente a hacerse cada vez más aguda. Lo que significa que en el futuro, la primera deberá cada día con mayor radicalidad entrar en la lógica de éstas últimas, que es, por lo demás, la lógica predominante.

En realidad, lo que ocurre es que las universidades privadas, por haber sido creadas como una respuesta directa a las exigencias de la modernización del país, no han necesitado el proceso de adaptación en que está actualmente la Universidad de Chile, nacida en otro momento histórico y como respuesta a otras necesidades.

Todo esto nos obliga a ponernos ante el dilema siguiente: ¿la Universidad de Chile tiene alguna especificidad frente a las demás universidades, o en este proceso de adaptación terminará por ser una Universidad más, sin otra característica que la particularice, que no sea la historia de un pasado glorioso, en que se cumplieron importantes tareas en la educación y en la cultura de nuestra sociedad?

Como ya se ha afirmado, todo lo que está ocurriendo en nuestra Universidad corresponde a la transformación global de la sociedad chilena en el momento en que se radicaliza el movimiento de entrada del país en la zona determinada, por la democratización en lo político, el libre mercado en lo económico, la tecnificación y cientifización en el ámbito cultural y estructural. La cultura de la modernidad está guiada en lo profundo por este predominio que ahora adquieren las ciencias y la técnica en casi todas las esferas de la vida humana, y también en el seno de la Universidad. Esto quiere decir que nuestra pregunta anterior puede plantearse también del siguiente modo: ¿Tiene la Universidad de Chile una vocación particular que ubique su función por encima del proceso de modernización, de tal manera que, sin dejar de cumplir con las exigencias que brotan de este proceso, tenga que realizar también otras tareas? ¿Hay alguna función que la Universidad de Chile tenga que cumplir más allá de la formación de profesionales y de la investigación científica? Si la respuesta a esta pregunta fuera positiva, ello significaría que existe una función específica de la Universidad, ubicada fuera del circuito del mercado, y sólo comprensible a partir de una lógica propia.

## 2

La filosofía nació en un momento muy preciso, época en que en Grecia, por causas y motivos de diversa índole, pudo abrirse un espacio de pensamiento libre, que hizo posible una nueva manera de escuchar la Otrosidad. La filosofía, como el arte, corresponden a ese tipo de fenómenos que no son explicables en el ámbito de lo puramente humano. Ellas presuponen una síntesis de lo humano y de lo Otro, que caracteriza su propio quehacer. Esto es fácilmente detectable en el hecho de que ambas actividades son por esencia cultivables, pero a la vez “inenseñables”. Esto quiere decir que el surgimiento de la filosofía no puede ser jamás explicable por una especial didáctica que esté en el ámbito de lo practicable en términos puramente humanos. Ella requiere de factores que el hombre no es, ni será nunca capaz de controlar. No se puede enseñar a ser artista, en el mismo sentido en que se enseña, por ejemplo, a ser ingeniero o a ser médico. El artista y el filósofo son, al decir de Nietzsche, “plantas raras”, que se pueden cultivar, pero en ningún sentido está en las manos de quienes enseñan estas disciplinas, la producción de artistas o filósofos.



Observando el resurgimiento histórico de la filosofía en la Europa de los últimos siglos, podemos afirmar que ella presupone una apropiación original de la cultura antigua. Podemos a partir de allí, establecer que para que exista filosofía, debe existir una asimilación creadora de las lenguas griega y romana, pero ello no asegura sin más, que en un medio donde esto exista, vuelva a aparecer con fuerza el poder de pensamiento autónomo que caracteriza la genuina filosofía.

Ya Platón, en su Carta VII, sabía perfectamente esto; por eso, ante la soberbia de Dionisio, que pretendía saber cómo se hacen los filósofos -y que hasta había tenido la osadía de escribir un libro sobre esa materia- el pensador se siente obligado a aclarar sin ambigüedades que “no existe un libro mío sobre esto y no existirá jamás, porque no es materia para ser expresada, como ocurre en otras disciplinas, sino que es el resultado de un gran contacto con aquello de que trata en este mismo saber, y de convivir con ello, lo que permite que de improviso, como si saltara una chispa de fuego, brote la luz en el alma, y a partir de ese momento, ésta se alimenta por sí misma.” (Platón, Carta VII, 341, d). Esto puede expresarse en palabras de hoy, diciendo que el desarrollo de la filosofía, más que de la pura transmisión de un saber, depende fundamentalmente de la autenticidad de la vocación de quienes se dedican a ella, resultado de “un gran contacto con aquello de que se trata en este mismo saber”. No se obtiene un filósofo por el simple conocimiento de ciertas técnicas o por la simple transmisión de informaciones concernientes a su oficio. La filosofía implica creación de pensamiento, y ésta sólo puede provenir de fuerzas que estarán siempre fuera del alcance de toda posible manipulación humana (se pueden manipular los genes, pero jamás se podrá manipular un fenómeno como la aparición de la filosofía en el seno de un pueblo o en el alma de un hombre). Por eso, aquello de lo que la filosofía trata (La Otrosidad), concurre decisivamente en la génesis de la filosofía, sin que podamos jamás separar verdaderamente en esta aparición, qué es humano y nada más que humano, y qué es lo irreductible a términos humanos.

De la comprensión de este aserto, con todas sus implicancias, depende en último término que una Escuela de Filosofía cumpla el objetivo principal para el cual ha sido creada, que es el de ayudar a impulsar y favorecer las vocaciones filosóficas. Esto también se puede decir de una escuela artística, en la cual nadie puede asegurar que por haber aprobado con éxito los cursos impartidos en ella, ya pueden sus egresados considerarse artistas.

Estas consideraciones podrían hacernos pensar que la enseñanza de la filosofía es algo inútil y que, en consecuencia, de nada sirve tener en una Universidad seria, una disciplina tan esquivada como ésta. En efecto, si ser o no ser filósofo depende de factores tan alejados de nuestro dominio, ¿para qué darse el trabajo de mantener costosas instituciones cuyos resultados no son seguros? Pero este tipo de argumentaciones tendrían valor, si aquello que es objeto de nuestra consideración pudiera ser medido con el rasero de lo utilizable o no utilizable. No es demasiado difícil



darse cuenta que esta modalidad de medida corresponde exactamente a un criterio “moderno”, es decir, “técnico” en el sentido de que de cada actividad realizada se espera un resultado inmediato o, a lo menos, mediato, que justifique tal acción.

Pero ni la filosofía ni el arte corresponden a la esencia técnica. Ambas actividades nacen en momentos en que la técnica estaba lejos de alcanzar la predominancia que actualmente tiene en la vida de nuestra sociedad. Un cuadro u otra obra de arte cualquiera no son útiles. Puedo darles alguna función utilitaria, pero para hacerlo, debo poner entre paréntesis su esencia propia. No es para ser útil a la sociedad, que un pintor pinta o un filósofo piensa. Juzgar una obra de arte o una filosofía por su utilidad inmediata, sería lisa y llanamente un acto de barbarie. La filosofía, a través de toda su historia, se presenta como una actividad que se desarrolla al margen de cualquier criterio pragmático. La conclusión de esto es que si someto a la filosofía a los criterios de utilidad, ello se debe a que la constitución de la sociedad en la que estoy, reside en fuerzas que no son acordes ni con la esencia de la filosofía ni con la esencia del arte. Por consiguiente, si una institución asume el cultivo de la filosofía como uno de sus objetivos, debe estar dispuesta a abandonar la pura consideración de utilidad en aquello que tiene que ver con ella.

Esto es importante, pues significa que la decisión de que exista una Escuela de Filosofía tiene que asumirse en toda su gratuidad, de la misma manera como ocurre, por ejemplo, en la decisión de poner una escultura en un parque, elevar un monumento en una calle, construir un museo o una sala de audición de música o montar una ópera. Ninguna de estas cosas resiste un análisis utilitario, pues es siempre fácil demostrar que hay necesidades urgentes en el plano de la vida práctica de los ciudadanos, que exigen mucho más que ellas las posibles inversiones que ellas requieren para existir. Por ejemplo, necesidades de tipo económico, mejoramiento de hospitales, construcción de caminos, habilitación de viviendas, etc.

Tampoco puede argüirse que en este caso se trataría de responder a “necesidades espirituales o culturales”, pues la prueba de que estas necesidades no existen, en la medida en que pudieran justificarse tales inversiones, es que ninguna de estas iniciativas podría lograr autofinanciarse con los dineros generados por la demanda. Si los interesados en la ópera, por ejemplo, tuvieran que pagar una entrada que le permitiera a los organizadores de tales eventos equilibrar sus finanzas, ésta sería de un precio tan elevado, que ninguna persona sensata, por más amante de este arte que fuera, estaría dispuesta a pagarlo. Por consiguiente, si hay ópera, es porque ha habido una decisión de que la haya, sin justificación económica o pragmática. Se considera importante por otros motivos, que tienen que ver con el desarrollo cultural del país, con su identidad como nación, con la importancia de promover ciertos valores humanistas en el seno de la sociedad, etc. Esto significa que el Estado, en su rol subsidiario, asume el mantenimiento de ciertas realidades culturales, que sin esa ayuda, no podrían existir. A este tipo de realidades pertenece una Escuela de Filosofía.

Por supuesto, esto no invalida las consideraciones que pudieran hacerse posteriormente a esta decisión básica, en el sentido de aprovechar la existencia de filósofos en la Universidad; por ejemplo, en la formación de equipos interdisciplinarios que trabajen sobre temas específicos, en los que el aporte de un pensador pueda ser importante, o en cursos o seminarios para facultades científicas que deseen confrontar sus estudios con la mirada de la filosofía, sobre temas como la vida, lo ético, lo físico, lo matemático, lo histórico, el tiempo, el ser humano, la muerte, el lenguaje, etc. Pero debe hacerse esto, sin desconocer el hecho de que el destino de la filosofía no se juega en este tipo de actividades, sino en las funciones propias que ella exige, y que no tienen que ver necesariamente con esta utilización.

A pesar de ello, en las actuales condiciones históricas, la filosofía sólo puede surgir si ella es cultivada, es decir, sólo si hay una búsqueda expresa de las condiciones culturales en las que ella surge, aún cuando jamás se pueda ver lo realizado por este trabajo previo de preparación, como causa directa de su aparición. Este trabajo sólo puede realizarse hoy día en Chile en una Escuela de Filosofía que exista en el seno de una Universidad. Una Escuela de Filosofía es una apuesta que se hace para que en su seno surjan filósofos, o para que, mientras esto todavía no ocurra, se prepare el camino hacia esta posibilidad. Este camino, esta incubación de un filósofo, es necesariamente lenta y trabajosa, pues ella requiere de una apropiación profunda de las tradiciones de la filosofía, cosa que tiene que ver con un proceso de asimilación de las culturas en que la filosofía ha surgido. Un ejemplo de este proceso es el que ha vivido Alemania desde el Renacimiento hasta ahora, y que ha hecho a Nietzsche afirmar lo siguiente: “tal vez en algunos siglos más, se juzgará que la dignidad de toda la filosofía alemana consiste en haber vuelto a ganar algunos metros de suelo antiguo, y toda pretensión de una cualquiera ‘originalidad’ aparecerá pequeña y ridícula, en comparación con esta más alta pretensión de los alemanes de haber reanudado el lazo que parecía desgarrado, el lazo con los griegos, la más alta realización - hasta hoy día- del tipo ‘humano’” (F. Nietzsche, *La Voluntad de Poder*, Aforismo 419).

Si observamos lo que ha ido pasando en nuestra Facultad de Filosofía, en la que, por ejemplo, hace algunos años, bárbaramente se suprimió el Departamento de Lenguas Clásicas, comprenderemos fácilmente cuán lejos estamos todavía en Chile de aproximarnos al camino que conduce hacia la filosofía.

La filosofía es el ámbito en que una época, un pueblo, una sociedad, se piensan a sí mismos. Este pensamiento, aparentemente no tiene ninguna importancia, pues en el momento en que él comienza a existir, no puede dejar de presentarse como una perspectiva más sobre los asuntos de que trata. Entre las múltiples opiniones que, por ejemplo, se entregan sobre nuestra época, está también la del filósofo. Por más elevada que sea su convicción de la originalidad y la autenticidad de su propio pensamiento, este no podrá hacer nada para demostrar esta diferencia. Su



verdadero rango sólo aparecerá con el tiempo, de la misma manera como una obra de arte se presentará en un primer momento como algo lejano, sin valor, y hasta incomprensible para la gran mayoría, para llegar a ser reconocida mucho después en su real valor y jerarquía. Este necesario desplazamiento en el tiempo nos obliga a crear las condiciones para la existencia de algo cuyo valor está por verse y de lo cual no necesariamente tendremos señales de su importancia en lo inmediato. Para que la filosofía y el arte existan, las instituciones dedicadas a ellos, tienen que asumir esta incertidumbre, creando el espacio de respeto hacia lo que se hace, sin exigir resultados asegurados. Por eso, los trabajos de la filosofía deben enmarcarse en un ambiente de multiplicidad de tendencias, de no sectarismo, de respeto por el pensamiento del otro, de convivencia entre diferentes pensamientos, cada uno de los cuales se arriesga por un camino en el que, de diferente manera, está en juego en su andar, la verdad, la apariencia y el error. Sólo el tiempo podría ir decantando lo que era verdadero pensamiento y lo que era solamente una ilusión. Pero ningún hombre, que no sea el propio filósofo, puede arrogarse la pretensión de saber lo que ocurrirá con una filosofía en el futuro.

Que un país se piense o no a sí mismo, no es una condición para que dicho país exista. Un país puede pensarse desde lo que han pensado otros países. En tal caso, el país pasa a pertenecer al ámbito de dominio cultural del país pensante. Por eso, que un país se piense a sí mismo, es una condición para que dicho país sea verdaderamente autónomo. Sólo esta autonomía es la que da la verdadera libertad y la verdadera profundidad de un pueblo. La modernización de un país no puede ser una auténtica meta, si ella no va acompañada de un proceso de autonomía cultural y de afirmación de sí. Dicho proceso está predominantemente en las manos de quienes crean: artistas, científicos puros y filósofos, trabajos cuya aparente inutilidad se muestra en ese tipo de procesos, como el paso decisivo, a través del cual, un pueblo comienza a hacer un aporte verdadero y original al desarrollo del resto de la humanidad. Este aporte no es otra cosa que la atenta escucha de “aquello de lo que la filosofía trata” (la Otrosidad), escucha que da lugar a un decir, que ya no es más únicamente decir individual del filósofo, sino también, decir de aquello mismo de lo que la filosofía trata.

Si bien nadie puede pretender tener en sus manos el procedimiento para que existan filósofos, se puede fácilmente demostrar que sólo ha habido filosofía entre los pueblos que se han preparado para ello. La preparación consiste en la asimilación creadora de la tradición, lo cual lleva consigo una reapropiación de lo ya pensado en el pasado. Por eso, una de las tareas principales de una Escuela de Filosofía debe ser precisamente ésta, la de repensar la obra de los que a lo largo de toda la historia de la filosofía han dejado su imborrable huella en ella. Sin embargo, al mismo tiempo, deben crearse las condiciones para que el pensamiento pueda surgir y desarrollarse libremente, cosa que no podrá asegurar jamás el puro conocimiento de las filosofías



del pasado, por más profundo y acabado que éste sea. Así, una Escuela de Filosofía debe ser el lugar apto para que este pensamiento surja, lo que sólo podrá ocurrir cuando se tenga una idea profunda del cometido esencial de tal escuela, que no es otra cosa que la filosofía misma.

## 3

La Universidad de Chile, en el proceso de modernización, pasa a ser guiada por los criterios que corresponden a la modernidad. Esto significa que las disciplinas que no pueden ser comprendidas y reducidas a estos criterios, pasan a ser incomprendidas y marginales. La esencia de lo marginal no está en el simple quedar a un lado de un proceso, sino en la imposibilidad de la fuerza rectora, de incluir a lo que se margina, dentro de ese proceso. Así, la responsabilidad de la marginalidad no cae tanto en el marginado, sino en el que margina. Si la filosofía y las artes son hoy día realidades marginales dentro de la Universidad de Chile, esto significa que esta última ha sido arrastrada a un proceso en el que las medidas de su acción y desarrollo están dadas por instancias que no son ni artísticas ni filosóficas, es decir, que son científicas y técnicas. Dichas actividades son funcionales al proceso, y por eso han adquirido la predominancia. Lo peligroso de este hecho radica en que los criterios de la modernidad, que son los criterios vigentes, tienden a marginalizar aquellas actividades que son disfuncionales. Esto ocurre así, porque dichos criterios no son capaces de darle la medida correcta a todas las modalidades de actividad académica existentes dentro de la Universidad. A medida que las ciencias han ido logrando la predominancia, sus modalidades de actividad se han ido transformando en modelos para el desarrollo de todo lo demás. Esto acarrea como consecuencia que la Universidad comienza a perder la noción de las modalidades propias del quehacer de las disciplinas humanistas y, en particular, de la filosofía. Así, lo humanista queda dentro de la Universidad por razones históricas, pero no porque en ella se comprenda su verdadera esencia. Para responder a esta incomodidad de las Humanidades, se hace imprescindible una revisión radical de sus definiciones básicas y de las exigencias requeridas para su existencia. Esto implica, entre otras cosas, el reconocimiento de que el desarrollo de estas disciplinas dentro de la institución, depende de políticas particulares que respeten sus especificidades y, en el ámbito económico, por causa de su imposible asimilación perfecta al sistema imperante, de que el Estado cumpla o no consecuentemente su rol subsidiario con respecto a ellas.

Pero además, es fundamental que la Universidad aprenda que su vocación va más allá de lo que hoy día puede aparecer como definitivo. En este sentido, ella es la primera fuerza que debe tener presente que la modernidad misma es un proceso

temporal, destinado a dar lugar a otros procesos futuros, en los cuales la Universidad también tendría que cumplir un rol decisivo. La idea de “Universidad” (universalidad del saber) se enraíza en épocas muy alejadas de la modernidad y debiera poder proyectarse también hacia un más allá de la actual situación. Que en el seno de la Universidad de Chile habiten fuerzas diferentes, científicas por un lado, y humanistas por otro, obliga a quienes la dirigen, a pensar desde aquello que une y no desde aquello que separa. Esto que une, aunque por la actual predominancia de las ciencias no aparezca hoy día como un poder significativo, es lo que en definitiva tendrá que imponerse, a menos que ambos aspectos sigan caminos separados. En tal caso se destruiría la esencia misma de la Universidad.

La filosofía, tal como ha existido hasta ahora en Chile, ha tenido su asiento en la Universidad de Chile. No es difícil constatar esto si hacemos la lista de los nombres que han contado en el pasado reciente y que cuentan actualmente en la historia de la filosofía chilena. La mayoría de ellos tienen directamente que ver con el Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile. (Hernán Millas, Luis Oyarzún, Francisco Soler, Félix Schwartzman, Humberto Giannini, Juan de Dios Vial, etc). Esta innegable realidad no sólo se explica por la excelencia de los programas de estudio, por la alta calidad de la enseñanza, sino principalmente por el hecho de que este Departamento ha querido ser a lo largo de su historia -cuando ésta no ha sido distorsionada por la intervención de poderes extraños a la esencia de la filosofía- un espacio de libre reflexión, en el cual se han albergado las más diferentes tendencias del pensamiento contemporáneo.

Si las universidades privadas no pueden exhibir los mismos resultados, ello tiene que ver con el hecho de que ellas, por representar intereses religiosos, políticos o ideológicos determinados, no pueden, ni podrán tener nunca que ver en propiedad con la esencia de la filosofía. La laicidad, en su más amplio sentido, es una de las condiciones *sine qua non* para que la filosofía pueda desarrollarse. Es lo que hace que ninguna forma de institución privada pueda verdaderamente garantizar su cultivo y su desarrollo. La laicidad y la apertura hacia la diversidad de tendencias sólo puede ser asegurada por una institución estatal, que tenga como principio rector de su accionar estas ideas.

Debido a esta característica, el financiamiento no público de una institución como ésta es riesgoso, incluso si se trata con él de desarrollar áreas específicas dentro de la filosofía. Esto muestra claramente la distancia que puede haber entre la filosofía y las ciencias, para las cuales los aportes privados no necesariamente pueden traducirse en direcciones distorsionadoras del espíritu científico. La filosofía es el ejercicio de la más pura libertad de pensamiento posible y requiere para su desarrollo de la creación de especiales condiciones que preparen y posibiliten esta libertad. Pero, por otra parte, dada la poca demanda que necesariamente ha de tener una disciplina, cuya existencia depende principalmente de la auténtica vocación de



quienes la cultivan (y que la hace, por ello, no recomendable para cualquiera), una Escuela de Filosofía nunca podría soñar con autofinanciarse. Por eso, no es exagerado afirmar que en las condiciones históricas actuales su existencia depende de que una Universidad laica, subvencionada por el Estado, la sostenga.

Pero frente a esto, pudiera decirse que lo que la filosofía exhibe constantemente es la coexistencia de una cantidad de tendencias y de escuelas diferentes, y que, por consiguiente, el desarrollo de una de ellas pudiera ser tomado legítimamente por alguna institución que la represente, como de hecho ocurre en algunas universidades chilenas. Esto es efectivo, pero con este tipo de instituciones no se cumple con las exigencias básicas para desarrollar la filosofía. Lo cual nos obliga a distinguir dos formas de existencia de la filosofía: la primera de ellas, que siempre ha existido, y que podríamos llamar su forma escolástica, consiste en la transformación de sus resultados en un saber susceptible de formar un corpus enseñable, saber que se transmite a través de la enseñanza discipular. A este tipo de modalidad pertenecen la antigua Academia de Platón, o el Liceo de Aristóteles, y las diferentes escuelas que ha habido, incluyendo por cierto el Tomismo y las actuales modalidades en las que se ha preservado la continuidad de la filosofía escolástica medieval. Pero bajo esta forma, la filosofía pierde su esencia creadora, para transformarse en un sistema de supuestas verdades transmisibles.

Pero otra modalidad diferente a ésta, y sin la cual esta primera no podría jamás establecerse, es la que deberíamos llamar “filosofía propiamente tal”, que consiste en el ejercicio libre del pensamiento creador, actividad que han desplegado tanto los filósofos que han formado escuela, como aquellos que elevan solitarios la llama de su sabiduría, pero no pertenecen menos que los anteriores a la gesta humana del pensamiento (Heráclito, Nietzsche, por ejemplo). Una institución es verdaderamente filosófica, cuando se prepara para que de ella surja este tipo de pensamiento creador. Si bien la primera forma puede tener una importancia en la transmisión de una filosofía de generación en generación, ella también da lugar a malentendidos que pueden llevar a la idea de que de su acción depende el destino de la filosofía misma. Una Escuela de Filosofía debe tener en cuenta en forma especialísima esta posibilidad de que en ella se cultive el pensamiento libre, aunque esto sólo se presente como un sueño lejano e incierto.

A la par con esta división podemos establecer una segunda, que corresponde exactamente a las modalidades actuales de existencia de la actividad filosófica en nuestro medio: la actividad consistente en la preservación de la tradición filosófica, a través de la conservación del saber del pasado y de la hermenéutica de estos pensamientos, sin que ello signifique la adscripción del que estudia, a estos mismos. Este tipo de actividad desemboca, por un lado, en la enseñanza de la tradición (filosofía antigua, filosofía medieval, etc), y por otro, en la interpretación de los pensadores del pasado. Esta última labor es imprescindible, en la medida en que cada época



“olvida” necesariamente la anterior. Así, se hace necesario volver a buscar el sentido profundo de nuestra propia tradición, el sentido de nuestros propios orígenes.

La segunda actividad, que es la actividad filosófica propiamente tal, es el ejercicio propio del pensamiento autónomo, es decir, el pensamiento creador que escruta los signos de los nuevos tiempos, que busca desbrozar los caminos del futuro, que se atreve a decir lo que es y lo que no es, que se atreve a separar lo que aparece como verdad y lo que es mera apariencia, y hace todo esto, porque está escuchando atentamente la voz de “aquello de lo que la filosofía trata”. Esta actividad es necesariamente individual, y tan creadora como pueden serlo el arte o la poesía. De ahí que sus resultados estén unidos necesariamente a la vida de un hombre determinado, cuyo nombre generalmente sirve también para denominar su esfuerzo creador. Las palabras “Nietzsche”, “Marx”, “Aristóteles” o “Kant”, no designan solamente personas, sino hazañas del pensamiento que quedan existiendo más allá de los individuos que las han realizado. Por esto mismo, ellas se transforman en hitos insoslayables en el camino del que desea transitar hacia el pensamiento propio. En la senda de esta actividad puede transitarse con distintos grados de radicalidad, y lo que exhibe como resultado el Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile es el hecho de que, si bien todavía no podemos poner a ningún chileno en la lista de estos grandes nombres, muchos de nuestros profesores del pasado y del presente pueden ser reconocidos legítimamente como verdaderos filósofos.

Estas dos últimas modalidades de actividad son tan diferentes, que ellas deben dar lugar necesariamente a criterios y políticas de desarrollo diferentes. Por supuesto, en ambos casos hay interacción, y ninguno de estos aspectos debiera ser abordado en forma autónoma; ambas actividades se enriquecen mutuamente y la historia del pensamiento muestra que en aquellos casos en que su desarrollo ha sido paralelo, se han generado las grandes figuras de la filosofía. Tal es el caso, por ejemplo, de Schelling, Hegel, Nietzsche y de Heidegger, cuyas obras creadoras están asentadas en un conocimiento profundo y renovador de la tradición más lejana.

En un caso, tenemos que la preservación del pasado y la hermenéutica del pensamiento deben ser abordados con un rigor característico, que consiste en el respeto a las fuentes, en el estudio riguroso de los textos originales y en el conocimiento preciso de los idiomas en los que las obras se han escrito. Esto nos lleva a poner como ideal de formación, al conocimiento de las lenguas filosóficas, el griego, el latín, el alemán, el francés, el inglés y el castellano, al conocimiento historiográfico de la filosofía y las técnicas de interpretación de textos, al conocimiento de la bibliografía concerniente a cada tema y a cada obra que se trata de interpretar, al conocimiento de las épocas y de las sociedades en que ha existido la filosofía, y al conocimiento de las vidas y de las personas de los propios filósofos. Como se ve, en este caso es fundamental el conocimiento de cosas precisas, que pueden figurar en programas y planes de estudio. Este tipo de trabajo puede dar lugar a “investigaciones”,

es decir, a estudios bibliográficos o hermenéuticos sobre los diferentes pensadores, los que a su vez permiten evaluaciones según los criterios propios de las investigaciones históricas o bibliográficas.

En el caso del pensamiento creador, que no debemos olvidar que constituye la filosofía propiamente tal, tenemos que preparar la tierra en que éste crece, ayudar a abrir los horizontes del que se prepara para pensar, generar el ámbito de libertad del que puede provenir la apertura de un nuevo camino del pensamiento. En este caso, es útil la discusión, el diálogo, la problematización, el someter a examen las cosas que parecen más evidentes, la búsqueda de lo problemático en la vida, en la política, en la sociedad, en el arte, etc. En este ámbito, a diferencia del anterior, resulta completamente equivocado hablar de “investigación”, pues la filosofía, por su esencia propia, es un ejercicio de autonomía y no puede basarse en criterios de autoridad, ni tampoco colectivizarse.

La ciencia, en la medida en que es un conocimiento colectivo, puede instituirse cada vez en un corpus enseñable. Así, todo profesor de mecánica cuántica o de bioquímica, en cualquier parte del mundo y en cualquier idioma, enseña lo mismo. La filosofía, en su modalidad creadora, por el contrario, no tiene corpus. En filosofía no hay nada que enseñar, todo está de nuevo por hacerse. La filosofía sólo es filosófica en la medida en que sea un pensamiento nuevo. En esto también se identifica con el arte y se aleja de la ciencia: el arte, en efecto, sólo es arte si es arte nuevo, si es reposición del arte. Miguelangel no puede ser repetido. Una vez que existe, sólo cabe hacer otra cosa, y ser artista es echarse a la búsqueda de esa cosa nueva. Así, también la filosofía se reconstruye cada vez, y eso, lejos de ser un defecto, es la mejor muestra de su verdadera fuerza. La multiplicidad sólo es problemática en la ciencia, pero en la filosofía es condición de existencia. Por eso ha habido corpus filosófico sólo en las épocas de decadencia de la filosofía. Cuando la filosofía recupera su esencia, nace de nuevo y destruye necesariamente lo que hasta su venida se tenía por verdadero.

Esto significa que la falta de corpus es la condición para que la filosofía pueda existir y desarrollarse. Los programas de las Escuelas de Filosofía esconden esta realidad y no dejan ver la verdadera complejidad de este modo de existencia. Si observamos cualquier programa de una Escuela de Filosofía en la actualidad, constataremos que en él se encuentran nombradas disciplinas como por ejemplo “Estética”, “Ética”, “Metafísica”, etc. Estas denominaciones provienen de épocas en que la filosofía escolar era predominante. Pero en nuestra época este tipo de disciplinas no existen más como saberes instituidos. Así, los programas de estas disciplinas tienen que contener especificaciones puramente formales, pero en ningún caso de contenido. Bajo la denominación “Ética”, por ejemplo, estudiamos, o algún problema específico de la ética, o algún autor determinado, o alguna visión temporal de esta



disciplina, pero en ningún caso un corpus de conocimientos compartidos universalmente por los que se dedican a ella.

En nuestro Departamento de Filosofía este tipo de denominaciones todavía subsisten, pero ellas designan únicamente zonas en las que se ejerce una reflexión, en ningún caso conocimientos precisos que se pudieran medir o compartir. Esto pudiera ser tomado como un desorden, pero como se ve, es la única manera posible de que la enseñanza pueda tener un carácter propiamente filosófico. Nuestros profesores enseñan lo que están pensando o, dicho con las necesarias correcciones anteriores, “investigando”. Esto quiere decir que una política que tienda a separar la investigación de la enseñanza puede ser justificable en el plano de las ciencias, donde lo que se enseña es precisamente el corpus, pero no tiene ninguna validez en la filosofía, donde lo que se enseña es precisamente el ejercicio del pensar y sus resultados inmediatos.

Por otra parte, la palabra “investigación”, en el caso de que fuera correcto utilizarla, no tendría en filosofía un sentido unívoco. En la modalidad que se utiliza generalmente en nuestro medio (por ejemplo, en FONDECYT) se refiere a un tipo de trabajo basado en conocimientos bibliográficos, tendiente a servir de base a una interpretación de algún aspecto monográfico que tiene que ver con alguna filosofía en especial. Por ejemplo, una “investigación” puede ser un trabajo sobre el concepto de *physis* en Aristóteles, o sobre las bases escolásticas de la filosofía cartesiana, o sobre la influencia de Schelling en la filosofía hegeliana. Este tipo de “investigaciones” tienen directa relación con la actividad hermenéutica de la filosofía, pero no necesariamente con la actividad filosófica propiamente tal. Obras como la *Crítica de la razón pura* o *Ser y tiempo* habrían encontrado grandes dificultades para incluirse en los formularios de presentación de proyectos de FONDECYT. Demás está decir, que ninguna de estas obras responde a procesos probatorios a partir de hipótesis. Esto significa que en la situación actual, debido a la predominancia de la modalidad científica de investigación, que es usada como modelo, hay condiciones de desarrollo unilateral de la filosofía, que dejan de lado lo esencial, es decir, la posibilidad de expansión y aparición del pensamiento propiamente tal. Este tiene que ejercerse directamente y no puede basarse en argumentos de autoridad, que es lo exigido por una investigación bibliográfica. De ahí que la bibliografía en un ensayo filosófico no tenga ninguna importancia. No hay en él nada que demostrar por la vía bibliográfica, a menos que el tema lo exija, lo que ocurre raramente en la realidad.

La filosofía está obligada a expresarse directamente como una presentación que apela a la visión directa del que lee. La filosofía es un escrito para que se vea lo que se muestra por sí mismo. Por consiguiente, lo que se muestra en su decir tiene que bastarse a sí mismo como dicho. Lo que se dice es lo que queda dicho y nada más. Si esto no se muestra así directamente ante el que lee o escucha, no hay medio alguno capaz de realizar la proeza de mostrarlo de otra manera. Schelling, en la



segunda Lección de su *Filosofía de la Revelación* dice al respecto lo siguiente: “Los auxiliares de un curso consisten de preferencia en manuales, escritos por el conferencista o por otros; estas obras constituyen la base del curso y el profesor los comenta y los explica. Sin embargo, yo no estoy en medida de proponer para mis cursos, o al menos para éste, el menor libro de otro autor y tampoco una obra mía; hay que reconocer que el contenido de mi curso no puede ser adaptado a la forma de un manual habitual, pues mis conferencias no son una sucesión de proposiciones didácticas definitivas que se pudieran exponer cada una separadamente; los resultados de estos cursos se engendran ciertamente según una progresión y un movimiento continuo, pero esta dinámica es completamente libre y viviente, y las diferentes etapas de mis conclusiones no se pueden aprehender por la memoria, sino únicamente por el espíritu”. Más adelante, con el objeto de reforzar esta misma idea, Schelling recuerda la anécdota de Antístenes, filósofo cínico, que interrogado por un alumno sobre lo que se necesitaba para seguir sus cursos, le respondió: “un cuaderno nuevo y un lápiz”. El mismo Antístenes, más adelante, requerido por el mismo alumno que ahora había perdido su cuaderno, le responde: “deberías haber escrito mis lecciones en tu alma y no en un papel”.

Un buen ejemplo de la incompreensión actual de la filosofía en los medios académicos es la actual modalidad de evaluación de FONDECYT. Esta se basa en el sometimiento de los proyectos a la consideración de los pares, lo que resulta un procedimiento completamente equivocado en sus principios. Ello supone que puede haber un criterio común entre los “investigadores”, lo cual es completamente falso, pues la filosofía vive de la diversidad, y supone además que todos los evaluadores sabrán y querrán poner entre paréntesis sus propias convicciones sobre el tema propuesto mientras evalúan, lo cual es también enteramente discutible. Hay aquí tanta arbitrariedad como podría haberla, por ejemplo, si sometiéramos a la consideración de diversos pintores, representantes de diversas tendencias, un proyecto de realización de un cuadro de uno de ellos. Lo más probable es que en una situación como ésta, el proyecto encontraría tantas objeciones como evaluadores. De ahí que para poder evaluar con mayor justicia proyectos en esta área, sería aconsejable que en lugar de correctores anónimos, pudiera haber Comisiones de Evaluación de Proyectos que los discutieran colectivamente.

Frente a todo lo dicho se podría argumentar lo siguiente: lo que usted está diciendo representa una visión determinada de la filosofía, que es la suya y muy respetable, pero es muy probable que otros filósofos piensen diferente y esto en su

propio Departamento. Esto es cierto, pero ello no le quita en absoluto su validez a lo dicho. En efecto, nuestra posición intenta mostrar cuáles son las condiciones en que puede surgir y desarrollarse la filosofía en general, y esto, partiendo de la base de la diferencia de hecho que existe entre las diferentes tendencias. La única exposición posible es la que toma esta variabilidad como punto de partida. Cuando se habla de libertad, de laicidad, por ejemplo, se están definiendo las condiciones de posibilidad de este surgimiento. El único problema podría surgir de parte de aquellos que piensan que la filosofía es una ciencia, y concluyen de esto, que ella no debería suponer una política especial dentro de las políticas universitarias. Pero esta modalidad de pensamiento no incluye todas las posibilidades, puesto que excluye la aquí expuesta. Así, nuestro punto de vista aparece como el más abarcador posible, puesto que incluye incluso aquellas posibilidades que, desde nuestro punto de vista, son las versiones falsas o impropias de la filosofía.

Podemos ahondar esto diciendo que la enseñanza de la filosofía debe asumir el hecho de que toda aparición de la auténtica filosofía conlleva, además de otras versiones menos auténticas, sus versiones falsificadas, apócrifas o sofisticadas. Detrás de cada filósofo surge necesariamente uno o varios sofistas, de la misma manera que de cada poeta surgen necesariamente innumerables versiones retóricas de su propia poesía (Ver al respecto las páginas sobre la “sombra de Zaratustra” en *Así habló Zaratustra* de Nietzsche). El arte presupone hasta tal punto la existencia de sus versiones espúreas, que sin exagerar, se podría perfectamente afirmar que sin ellas, él no sería posible. Con la filosofía pasa exactamente lo mismo, ella es una flor que debe crecer entre malezas. Esto se debe al hecho de que en la filosofía hay grados: hay en cada época y en cada situación, filosofías más o menos cercanas a la esencia de la filosofía, y aquellas realizaciones concretas que alcanzan el más alto grado, son las que le dan su sentido a todo el campo. La filosofía no es un ámbito humano en el que operen o puedan operar los criterios de la democracia. Todo pensamiento creador jerarquiza a partir de sí y genera los criterios desde los cuales él mismo debe ser juzgado. Pero estos mismos criterios no sólo recaen sobre el nuevo pensamiento, sino que además, sobre todos los intentos contemporáneos a éste. Así, las obras de Descartes o de Kant elevan la medida de lo filosófico hasta tal punto, que ningún otro pensamiento surgido en sus épocas puede ponerse a su mismo nivel. La radicalidad de lo filosófico hace aparecer conjuntamente la no radicalidad o la menos radicalidad de otros intentos, lo cual engendra necesariamente críticas, contradicciones y a veces hasta odiosidades (el complejo de Sallieri, mostrado en el film *Amadeus*). Esto hace que la filosofía navegue siempre en aguas turbias y que no sea criterioso pensar que esta jerarquización, que surge necesariamente de todo pensamiento profundo, vaya a ser aceptada de buen grado e inmediatamente por todos.

Esta circunstancia debe ser asumida sin más como otra de las dificultades propias del surgimiento y desarrollo de la filosofía. Preparar nuestro medio



filosófico para esta asunción significa asegurar que sea posible como cosa adquirida el verdadero respeto por la diferencia. Pero este respeto no es otra cosa que uno de los resultados del propio desarrollo de la filosofía. Así, nos encontramos aquí con un curioso círculo: para que la filosofía se desarrolle es necesario que se respete la diversidad, y para que se respete la diversidad es necesario el desarrollo de la filosofía. La circularidad de este círculo, si aprendemos a comprenderla en profundidad, no debe entramparnos, pues ella señala hacia la esencia autónoma de la filosofía, que no puede tener otra modalidad de manifestación que aquella en la que ella misma aparece como responsable de sus propias condiciones de posibilidad. Por eso, esta circularidad, más que una objeción, es un encuentro directo con la filosofía misma.

Es porque vemos nuestra propia situación desde esta circularidad, que podemos observar nuestras actuales deficiencias. Chile sigue siendo un país en el que la filosofía tiene un mínimo espacio y un mínimo poder. Esto, lejos de ser algo que afecte en forma prioritaria a los propios filósofos, es algo que en primer lugar tiene consecuencias negativas en la vida de nuestra nación. Que la filosofía no tenga en la sociedad chilena el espacio que ha tenido en las grandes épocas de la humanidad y en los pueblos que ella ha elegido para manifestarse, es un hecho que tiene consecuencias lamentables para nuestro país, y configura una de las deficiencias culturales más peligrosas de la actual situación. Con estas consecuencias tiene que ver, por ejemplo, el sectarismo, el autoritarismo, la falta de amplitud y la soberbia con que habitualmente se enfrentan los problemas que atañen a lo esencial de nuestra vida. Se piensa fácilmente que todo está resuelto y que los valores que actualmente guían la vida de nuestra sociedad son capaces de asegurar sin mayores problemas nuestro bienestar y nuestra felicidad. Sólo que por todas partes aparecen las deficiencias de una cultura que cada día tiene más que ver con el individualismo, con el egoísmo, con la búsqueda del simple provecho material, con el hedonismo primitivo de los supermercados y con una barbarie generalizada que ni siquiera sabe cómo divertirse, sin echar mano al alcohol o a las drogas.

No es casualidad que estos fenómenos coincidan con el estado de decadencia y abandono en que se encuentran en la actualidad las disciplinas humanistas. Ambas cosas están, en efecto, directamente relacionadas, pero no en el sentido en que más fácilmente uno estaría tentado a pensarlos: “nuestros problemas culturales se deben al poco desarrollo de las humanidades ¡Para solucionarlos, desarrollemos la filosofía!” La verdad es que si esto fuera verdad, también sería verdadera la frase invertida: El poco desarrollo de nuestras humanidades se debe a nuestros problemas culturales. ¿Cómo salir de este círculo? De ninguna manera. Pues de lo que se trata en realidad es de entrar en él. Comenzar a asumir nuestra pertenencia a la circularidad de este círculo es lo que debemos intentar desde nuestro incipiente trabajo filosófico. Una Escuela de Filosofía que responda de manera adecuada a la esencia de la filosofía, es un primer paso hacia ello.



Pero, por otra parte, esta misma constatación es ya un pensamiento que sólo es posible hacer dentro del camino de la propia filosofía. Así, nuestra precariedad filosófica es la marca de que pertenecemos ya irremisiblemente a la esencia de aquello que nos falta. Si somos de la filosofía es porque la filosofía ya habita entre nosotros y porque nosotros ya habitamos en ella. Esta pertenencia mutua es lo que opera ya en lo hecho hasta ahora en nuestra Universidad, por más precario que esto fuera, y lo que nos impulsa en la actualidad a intentar reordenar los estudios de filosofía en ella. La misma circularidad ya señalada es la que nos permite tener la seguridad de que nuestro camino actual de búsqueda de un desarrollo de la auténtica filosofía en nuestro país proviene del hecho de que desde hace ya bastante tiempo nos encontramos transitando por dicho camino. A los que intentamos mantener la ruta sin desviarnos del cometido esencial, sólo nos queda esperar que algún día los resultados de varias generaciones de filósofos den lugar a una auténtica tradición de filosofía en Chile y, por supuesto, como coronación de todo ello, a la obra creadora de algún gran pensador nacional. La Universidad de Chile debiera asumir esta labor de incubación en toda su gratuidad, pero también en toda su urgencia. Para ello es esencial sentar firmemente las bases para que la fuerza unitaria de la Universidad predomine sobre la unilateralidad de la modernidad. Esta última, a pesar de su apariencia de seriedad y rigor, en su intento de someter toda fuerza a su medida, no es otra cosa que el primer paso de una barbarie que conduce a la disgregación del saber y a la desvalorización de las Humanidades.

Los cambios que se avecinan pueden significar la consolidación del proceso de modernización unilateral de la Universidad, por el cual las Humanidades son sometidas a un régimen inadecuado, y necesariamente atropelladas en lo que se refiere a la consideración de su especificidad. En tal caso, la Universidad de Chile pierde a su vez su especificidad, y con ello corre el serio riesgo de perder su alma. El *alma mater* ya no es capaz de organizarse desde la universalidad y se transforma en un instituto superior de formación de profesionales y de investigación, sin ninguna otra lógica interna de desarrollo que no sea la de servir al proceso de modernización unilateral del país. “Reestructuración” es en ese caso una hipérbole para significar el desmantelamiento de la institución y el acto de renuncia frente a lo que fue y debiera seguir siendo su función principal.

Pero “reestructuración” podría también ser el comienzo de un proceso de reapropiación de la Universidad, en el sentido de reasumirse como la fuerza unitaria determinante en la lucha en contra de la unilateralidad. De ese modo, la sociedad chilena estaría encontrando en ella una respuesta posible y eficaz ante los excesos de la tecnociencia, del economicismo y del pragmatismo. Que la Universidad sea capaz de una “reestructuración” en este sentido creador, es algo que depende, entre otras cosas, de la claridad con que las Humanidades defiendan su esencia propia. La toma de conciencia de la filosofía y la defensa de sus prerrogativas forma parte de este reencuentro de la Universidad de Chile con sus objetivos y finalidades históricas.